

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . . 6 Ps

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

Año XI

BARCELONA 29 DE MARZO DE 1900

Núm. 488



Casive

REUTLINGER



El parásito del tren

CUENTO

—Sí,—dijo el amigo Pérez á todos sus contertulios de café;—en este periódico acabo de leer la noticia de la muerte de un amigo. Sólo le ví una vez, y, sin embargo, le he recordado en muchas ocasiones. ¡Vaya un amigo!

Le conocí una noche viniendo á Madrid en el tren correo de Valencia. Iba yo en un departamento de primera; en Albacete bajó el único viajero que me acompañaba, y al verme solo, como había dormido mal la noche anterior, me estremecí voluptuosamente, contemplando los almohadones grises. ¡Todos para mí! ¡Podía extenderme con libertad! ¡Flojo sueño iba á echar hasta Alcázar de San Juan!

Corrí el velo verde de la lámpara, y el departamento quedó en deliciosa penumbra. Envuelto en mi manta me tendí de espaldas, estirando mis piernas cuanto pude, con la deliciosa seguridad de no molestar á nadie.

El tren corría por las llanuras de la Mancha, áridas y desoladas. Las esta-

ciones estaban á largas distancias; la locomotora extrema su velocidad, y mi coche gemía y temblaba como una vieja diligencia. Balanceábame sobre la espalda, impulsado por el terrible traqueteo; las franjas de los almohadones arremolinábanse; saltaban las maletas sobre las cornisas de red; temblaban los cristales en sus alveolos de las ventanillas, y un espantoso rechinar de hierro viejo venía de abajo. Las ruedas y frenos gruñían; pero conforme se cerraban mis ojos, encontraba yo en su ruido nuevas modulaciones, y tan pronto me creía mecido por las olas, como me imaginaba que había retrocedido hasta la niñez y me arrullaba una nodriza de voz bronca.

Pensando en tales tonterías me dormí, oyendo siempre el mismo estrépito y sin que el tren se detuviera.

Una impresión de frescura me despertó. Sentí en la cara como un golpe de agua fría. Al abrir los ojos ví el departamento solo; la portezuela de enfrente estaba cerrada. Pero sentí de nuevo el soplo frío de la noche aumentado por el huracán que levantaba el tren con su rápida marcha, y al incorporarme ví la otra portezuela, la inmediata á mí; completamente abierta, con un hombre sentado en el borde de la plataforma, los piés afuera, en el estribo, encogido, con la cabeza vuelta hacia mí y unos ojos que brillaban mucho en su cara oscura.

La sorpresa no me permitía pensar. Mis ideas estaban aún embrolladas por el sueño. En el primer momento sentí cierto terror supersticioso. Aquel hombre que se aparecía estando el tren en marcha, tenía algo de los fantasmas de mis cuentos de niño.

Pero inmediatamente recordé los asaltos en las vías férreas, los robos de los trenes, los asesinatos en un vagón, todos los crímenes de esta clase que había leído, y pensé que estaba solo, sin un mal timbre para avisar á los que dormían al otro lado de los tabiques de madera. Aquel hombre era seguramente un ladrón.

El instinto de defensa, ó más bien el miedo, me dió cierta ferocidad. Me arrojé sobre el desconocido, empujándolo con codos y rodillas; perdió el equilibrio; se agarró desesperadamente al borde de la portezuela, y yo seguí empujándole, pugnando por arrancar sus crispadas manos de aquel asidero, para arrojarlo á la vía. Todas las ventajas estaban de mi parte.

—¡Por Dios, señorito!—gimió con voz ahogada.—Señorito, déjeme usted. Soy un hombre de bien.

Y había tal expresión de humildad y angustia en sus palabras, que me sentí avergonzado de mi brutalidad y le solté.

Se sentó otra vez jadeante y tembloroso en el hueco de la portezuela mientras yo quedaba en pie, bajo la lámpara, cuyo velo descorrí.

Entonces pude verle. Era un campesino pequeño y enjuto; un pobre diablo con una zamarra remendada y mugrienta y pantalones de color claro. Su gorra negra casi se confundía con el tinte cobrizo y barnizado de su cara, en la que se destacaban los ojos de mirada mansa y una dentadura de rumiante, fuerte y amarillenta, que se descubría al contraerse los labios con sonrisa de estúpido agradecimiento.

Me miraba como un perro á quien se ha salvado la vida, y mientras tanto sus oscuras manos buscaban y

rebuscaban en la faja y los bolsillos. Esto casi me hizo arrepentir de mi generosidad, y mientras el gañán buscaba, yo metía mano en el cinto y empuñaba mi revólver. ¡Si creyó pillarme descuidado!...

Tiró él de su faja, sacando algo, y yo le imité sacando de su funda medio revólver. Pero lo que él tenía en la mano era un cartoncito mugriento y acribillado, que me tendió con satisfacción.

—Yo también llevo billete, señorito.

Lo miré y no pude menos de reirme.

—¡Pero si es antiguo!—le dije.—Ya hace años que sirvió... ¿Y con esto te crees autorizado para asaltar el tren y asustar á los viajeros?

Al ver su burdo engaño descubierto, puso la cara triste, como si temiera que intentase yo arrojarlo otra vez á la vía. Sentí compasión y quise mostrarme bondadoso y alegre, para ocultar los efectos de la sorpresa, que aun duraba en mí.

—Vamos, acaba de subir. Siéntate dentro y cierra la portezuela.

—No, señor,—dijo con entereza.—Yo no tengo derecho á ir dentro como un señorito. Aquí, y gracias, pues no tengo dinero.

Y con la firmeza de un testarudo se mantuvo en su puesto.

Yo estaba sentado junto á él; mis rodillas en sus espaldas. Entraba en el departamento un verdadero huracán. El tren corría á toda velocidad; sobre los yermos y los terrosos desmontes, resbalaba la mancha roja y oblicua de la abierta portezuela, y en ella la sombra encogida del desconocido y la mía inclinado sobre él.

Pasaban los postes telegráficos como pinceladas amarillas sobre el fondo negro de la noche, y en los ribazos brillaban un instante, cual enormes luciérnagas, los carbones encendidos que arrojaba la locomotora.

El pobre hombre estaba intranquilo, como si le extrañase que le dejara permanecer en aquel sitio. Le dí un cigarro y poco á poco fué hablando.

Todos los sábados hacía el viaje del mismo modo. Esperaba al tren á su salida de Albacete; saltaba á un estribo con riesgo de ser despedazado, corría por fuera todos los vagones buscando un departamento vacío, y en las cuatro estaciones, hasta el pueblo donde iba, apeábase poco antes de la llegada y volvía á subir después de la salida, siempre mudando de sitio para evitar la vigilancia de los empleados, unos malas almas enemigos de los pobres.

—¿Pero á dónde vas?—le dije.—¿Por qué haces este viaje, exponiéndote á morir despedazado?

Iba á pasar el domingo con su familia. ¡Cosas de pobres! Él trabajaba algo en Albacete y su mujer servía en un pueblo. El hambre les había separado. Al principio, hacía el viaje á pie: toda una noche de marcha, y cuando llegaba por la mañana caía rendido, sin ganas de hablar con su mujer ni de jugar con los chicos. Pero ya se había espabilado, ya no tenía miedo y hacía el viaje tan ricamente en el tren. Ver á sus hijos le daba fuerzas para trabajar toda la semana. Tenía tres: el más pequeño era así, no levantaba dos palmos del suelo, y sin embargo, le reconocía y al verle entrar tendíale los brazos al cuello.

—Pero tú—le dije—¿no piensas que en cualquiera de estos viajes tus hijos van á quedarse sin padre?

El sonreía con confianza. Entendía muy bien aquel *negocio*. No le asustaba el tren cuando llegaba como caballo desbocado, bufando y echando chispas; era ágil y sereno; un salto y arriba; y en cuanto á bajar, podría darse algún coscorrón contra los desmontes, pero lo importante era no caer bajo las ruedas.

No le asustaba el tren, sino los que iban dentro. Buscaba los coches de primera, porque en ellos encontraba departamentos vacíos. ¡Qué de aventuras! Una vez abrió sin saberlo el reservado de señoras; dos monjas que iban dentro gritaron ¡ladrones!, y él, asustado, se arrojó del tren y tuvo que hacer á pie el resto del camino.



Delli Mo

REUFLINGER



Selwich

REUTLINGER

Dos veces había estado próximo, como aquella noche, á ser arrojado á la vía por los que despertaban sobresaltados con su presencia; y buscando en otra ocasión un departamento obscuro, tropezó con un viajero que sin decir palabra le asestó un garrotazo, echándole fuera del tren. Aquella noche sí que creyó morir.

Y al decir esto, señalaba una cicatriz que cruzaba su frente.

Le trataban mal, pero él no se quejaba. Aquellos señores tenían razón para asustarse y defenderse. Él comprendía que era merecedor de aquello y más, pero ¡qué remedio si no tenía dinero y deseaba ver á sus hijos!

El tren iba limitando su marcha como si se aproximara á una estación. Él, alarmado, comenzó á incorporarse.

—Quédate,—le dije; —aun falta otra estación para llegar á donde tú vas. Te pagaré el billete.

—¡Quiá! No, señor, —repuso con candidez maliciosa.—El empleado, al dar el billete, se fijaría en mí. Muchas veces me han perseguido sin conseguir verme de

cerca, y no quiero que me tomen la filiación. ¡Feliz viaje, señorito! Es usted la más buena alma que he encontrado en el tren.

Se alejó por los estribos, agarrado al pasamano de los coches, y se perdió en la obscuridad, buscando sin duda otro sitio donde continuar tranquilo su viaje.

Paramos ante una estación pequeña y silenciosa. Iba ya á tenderme para dormir, cuando en el andén sonaron voces imperiosas.

Eran los empleados, los mozos de la estación y una pareja de la guardia civil, que corrían en distintas direcciones como cercando á alguien.

—«¡Por aquí!... ¡Cortadle el pasol... Dos por el otro lado para que no escape... Ahora se ha subido sobre el tren... ¡Seguidle!»

Y, efectivamente, al poco rato las techumbres de los vagones temblaban bajo el galope loco de los que se perseguían en aquellas alturas.

Era, sin duda, el *amigo*, á quien habían sorprendido, y viéndose cercado, se refugiaba en lo más alto del tren.

Estaba yo en una ventanilla de la parte opuesta al andén, y ví como un hombre saltaba desde la techumbre de un vagón inmediato, con la asombrosa ligereza que da el peligro. Cayó de bruces en un campo, gateó

algunos instantes como si la violencia del golpe no le permitiera incorporarse, y al fin huyó á todo correr, perdiéndose en la obscuridad de la mancha blanca de sus pantalones.

El jefe del tren gesticulaba al frente de los perseguidores, algunos de los cuales reían.

—¿Qué es eso?— pregunté al empleado.

—Un tuno que tiene la costumbre de viajar sin billete,—contestó con énfasis.—Ya le conocemos hace tiempo: es un parásito del tren, pero poco hemos de poder ó le pillaremos para que vaya á la cárcel.

Ya no ví más al pobre parásito. En invierno, muchas veces me he acordado del infeliz, y le veía en las afueras de una estación, tal vez azotado por la lluvia y la nieve, esperando el tren que pasa como un torbellino, para asaltarlo con la serenidad del valiente que asalta una trinchera.

Ahora leo que en la vía férrea, cerca de Albacete, se ha encontrado el cadáver de un hombre despedazado por el tren... Es él, el pobre parásito. No necesito más datos para creerlo: me lo dice el corazón «Quien ama el peligro en él perece» Tal vez le faltó inesperadamente la destreza; tal vez algún viajero asustado por su repentina aparición, fué menos compasivo que yo y le arrojó bajo las ruedas. ¡Vaya usted á preguntar á la noche lo que pasaría!

Desde que le conocí,—terminó diciendo el amigo Pérez,—han pasado cuatro años. En este tiempo he corrido mucho por dentro y fuera de España y viendo como viaja la gente, por capricho ó por combatir el aburrimiento; más de una vez he pensado en el pobre gañán, que separado de su familia por la miseria, cuando quería ver á sus hijos, tenía que verse perseguido y acosado como alimaña feroz, y desafiar la muerte con la serenidad de un valiente.



Miaty Fleuron

CRIGELLY

VIGENTE BLASCO IBÁÑEZ

Cañitas

I

He colocado á mi madre
en el altar de mi pecho;
¿cómo voy á dar albergue
á ningún mal pensamiento?

II

Nos ganan en sentimientos
los arbolitos, serrana.
Cuando una rama les quitan
verás que dan nuevas ramas.

III

Tengo yo á mi cariñito
camino del cementerio
y en él descansa mi madre;
¡Qué cerquita estoy del Cielo!

J. ENRIQUE DOTRES

EL TUNEL

FELIPE y María se querían como hermanos. Habían vivido juntos desde la niñez, y nada más natural que se amasen, pues ya es sabido que el trato engendra el cariño.

Felipe era huérfano. A la muerte de sus padres, fué recogido por la tía Colasa, y entre ésta y María, su hija, tenía repartido su cariño, que fué creciendo á medida que pasaban los años y que le hizo pensar en llamar su mujer, á la que siempre había considerado como hermana.

Expuso sus propósitos á María. Esta los recibió con júbilo; y una tarde, cuando salieron al campo como de costumbre, cambiaron el camino que conducía á la era por la senda de la ermita, y una vez que llegaron á ésta, juraron ante la Virgen amarse eternamente.

* * *

Llamado por la patria, tuvo el pobre Felipe que abandonar el tranquilo lugar para diri-

girarse á la ciudad, de donde debía partir hacia Cuba.

Arrasados en lágrimas los ojos, se despidió de aquellas mujeres que constituían su única familia.

En la estación se reiteraron las promesas mutuas de no olvidarse jamás, y partió Felipe dejando detrás un mundo lleno de esperanzas.

Mientras el tren corría por la vasta llanura, y podía Felipe contemplar el cielo y la fértil campiña con sus matas y sus árboles, que, mecidas por el aire, parecían saludar su paso, fué contento en medio de sus tristezas; pero cuando atravesó el primer túnel, la obscuridad le aterró, tuvo el presentimiento de que aquella nota negra que dejaba tras sí, había de significar algo en el transcurso de su vida.

* * *

Medio año había cumplido de su ausencia del pueblo, cuando recibió una carta.

Era del señor cura; la abrió, ávido de conocer el estado de sus seres queridos; la leyó, y luego, luego perdió la razón, maldijo de todo lo existente, rabió, pateó, y



De Vere
(2.º premio de belleza del «Gil Blas»)

REUTLINGER

después, falto de fuerzas, cayó al suelo casi sin sentido.

Algunos compañeros, que en principio tomaron á chanza los arrebatos de Felipe, se acercaron á él al verle desplomarse.

Abrió los ojos desmesuradamente. Vió á sus compañeros, y, como le hicieran algunas preguntas, les contestó alargándoles la carta, y diciendo: «Oh, el túnel. Era muy negro, muy negro.»

La carta empezaba así:

«Querido amigo: ayer, tras penosa enfermedad, bajó á la tumba María, tu pobre hermana.»

Creyeron oportuno dejar la lectura para ofrecer sus cuidados al desgraciado camarada.

La carta, con su terrible laconismo, había levantado una tempestad en su pensamiento, y éste, llevando á su espíritu la memoria de una felicidad perdida, brevemente gozada, dió al traste con todas las energías de su ser.

¡Aquel túnel! Se había tragado su existencia entera.

F. CUENCA PI



Casive

REUTLINGER

SAETAS

Mi amiga Encarnación López y Fedro hermosa criatura,
que se adorna los labios con pintura,
se casó no hace mucho con don Pedro;
y ayer ví que su primo Capirote
de visitar á Encarnación salía
y el gran pillo lucía
una mancha carmínea en su bigote.

A América me fuí desesperado
de mi suerte maldita,
dejando en aquel pueblo idolatrado
una novia muy buena y muy bonita.
Al poco tiempo me volví. Pregunto
por mi bella María,
y un paisano me responde al punto:
—Está en la capital... de ama de cría.

C. BENDICHO

Cuartillas sueltas



Dericke

REUTLINGER

ESTAS cuartillas debiera titularlas de otro modo: crónica de arte ó la tiranía de Luján.

Pero no las titulo así, porque yo no entiendo una palabra de arte, aunque tenga mi gusto en mi *armario* como cada hijo de vecino, y porque Luján es el director, y quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

Pues bien; el director me dijo: —«Don Claudio, dese usted una vueltecita por el Salón Parés y vea unos cuadros que ha expuesto don Ernesto Mas: no voy yo, porque no me gusta meterme en dibujos.»

—Yo tampoco,—estuve á punto de replicarle; pero me callé sabiendo que Luján, si fuera militar, sería ordenancista á ma-

cha martillo, y no puede tolerar que le discutan una orden. Me dispuse á roer el hueso y fuí.

Reclamé el auxilio de mi compañero de redacción don J. Enrique Dotres, ¿á qué no saben ustedes por qué? Porque es corto de vista, y siéndolo no podría distinguir ni notar defectos ó faltas en que yo, como soy tan buenazo de genio, no gusto de entrometerme. Sacaría por la *impresión* de Dotres (los críticos de arte confunden la impresión con la emoción, y yo no he de ser menos) mi juicio... y *tutti contenti*.

¡Pero cuál no fué mi sorpresa cuando noté que Dotres no se calaba los lentes, ni recurría á los gemelos, ni... se acercaba siquiera á las telas pintadas, como hacen otros muchos, de los que suelen ver tanto que ven hasta tres sobre un burro, y que no contentos con *pegarse* al cuadrado, pasan el dedo por la pintura! Miró, estuvo atento, y por fin, dijo:—Me gusta.— ¡Hola!—pensé—salvo soy.

En efecto, Dotres es poeta delicado, y sus fibras no pueden tolerar, en cualquier producción de arte, ninguna nota que desentone ó desafine. Luego, cuando otra cosa no, ya podía ir á la redacción con el cuento de que la armonía que se echaba de ver en el conjunto, era notable.

Y lo era, sí, con la singularidad de que el pintor había trazado una curva difícil con figuras humanas de diversa conformación. No tratándose de un plano inclinado en que, según me parece á mí, es más hacedero el destacarlas, ya teníamos una primera virtud. Me alegré, como me alegro siempre de que los artistas triunfen de los obstáculos que encuentran en su labor. Añado que esa línea no está tirada á cordel, para que los personajes no se caigan. Nó, no se caen en el cuadro del señor Mas, y eso que los más andan; casi se ve cómo se mueven.

Representa el cuadro una procesión saliendo de la iglesia, que está en segundo término y que ha de dirigirse por la calleja de la izquierda, en término más relegado, en lejanía perfectamente marcada, que se esfuma y se pierde venciendo con hábil talento las dificultades del color; y digo esto de las dificultades, porque el señor Mas se ha visto obligado á recargar

la nota en los adornos vistosísimos de los balcones. No se trata de un defecto, pues la nota es real. Ya sabemos todos cómo las gastan en las poblaciones pequeñas, donde no hay vecino que no saque á relucir lo mejor que guardado tiene en el arca para las solemnidades. Pónganme el obligado color rojo, con raros matices hasta el granate, en una serie de balconillos y ventanas próximos (pues también sabemos que la arquitectura rural no suele ser pródiga en líneas y proporciones), y encajado todo dentro de calles que disputan la tierra al sol, y á ver qué me dicen.

Lo notable (siempre según mi parecer, que no es parecer de crítico) es que está clara la destreza con que se rompe la monotonía combatiendo estos tintes vivos con las medias tintas, y con los claroscuros, de una vaguedad deliciosa que llenan el aire libre para marcar el ambiente: hasta tal punto, que á los breves segundos de contemplación, no ya las figuras, que por sus caracteres humanos, por la movilidad feliz de sus rasgos fisonómicos ayudan al pintor, sino la cruz cargada sobre los hombros del monago, se ve perfectamente destacada de la tela, flotando en ese aire que Dios venga en mi ayuda si no es peligroso sujetar á la inspiración dejándolo libre como la naturaleza se complació en crearlo.

Con lo que va dicho es inútil hablar de distancias, de líneas, y de todo eso que suelen revolver en sus críticas ciertos escritores.

El señor Mas merece un caluroso elogio.

Además de este cuadro que es el más importante en *extensión* (de tela) y en *intensidad*, teníamos delante otros tres apuntes (observaciones aventajadas del natural) en que don Ernesto Mas demuestra sus envidiables aptitudes para el arte pictórico. Un efecto de luz: una escena plácida, (en una calleja asoleada) con tres figuras, una de las cuales, movida, por su edad y porque la Naturaleza no acabó de perfeccionar la *forma*, es obra de romanos estudiar y hacerla grata al *mirón*; un efecto de perspectiva en una verdadera fronda de verde, donde los matices del verde determinan el incopiable altibajo de la vegetación (cuadrillo del que siento no poder hablar detenidamente, porque tiene más mérito del que á primera vista parece) y un efecto de tierra árida, montañosa, plomiza, que no quiero reseñar en este momento, porque es el único que en ciertos pormenores ofrece para mí algunos reparos, y caso de hacerlos tendría que ser concienzudamente, marcando de paso muchas virtudes que hay que considerar y muchos peligros que habrán marcado nerviosamente el pincel en la paleta del pintor.

Cuando me presenté al Director con estas *emociones*, hablándole sinceramente de la labor del señor don Ernesto Más, me dijo sonriendo:

—Ya lo sabía. Y ahora, para su satisfacción, añado que ese caballero es joven, como usted ha visto, no modernista, y que son las primeras obras que expone, animado, por consejo de amigos, venciendo su modestia, á la lucha. Pocos otros defectos de los que usted no me habla, sin duda porque se ha escudado con la cortedad de vista de mi querido amigo el señor Dotres, tienen los cuadros del señor Más; pero resulta indudable que tiene alma de artista y está bien que se le trate así. Es un gran amigo del estudio y de la realidad, y con estas dotes no puede dudarse que nos dará ocasión para que podamos aplaudirle.

No conozco al señor Mas, pero le doy mi enhorabuena.



Picardías del espejo

CLAUDIO UGENA



Casive

REUTLINGER



Dericke & Darbel

PAUL BOYER

Las mujeres

EN el campo. Empiezan á brotar las matas; algunos almendros dan flor. La planicie es inmensa, con lejanías que cierran las montañas. Se oyen ruidos deliciosos, vagos; canturias de podadores y gorjear de aves. Crepúsculo.

MARTA, mujer de treinta años, rubia, de fisonomía agradable. ESTEBAN, teniente de húsares, con polainas y largos bigotes retorcidos.

Marta.—Sentémonos. Aquí hay unas peñas que pueden competir con los divanes de casa ¡tan molida estoy!

Esteban.—Pues yo le juro que no siento cansancio alguno, y es que siguiéndola á usted soy capaz... capaz...

Marta.—De hacer un disparate.

Esteban.—¡Tanto como eso!

Marta.—Sí. Sería usted capaz de casarse conmigo.

Esteban.—Claro. ¿Y á eso llama usted disparatar? ¡Cuando precisamente le consta á usted que no duermo ni sosiego pensando cómo me las compondría para vencer su incomprendible resistencia!... Porque, vamos á cuentas, Marta: una mujer como usted, bonita, ¿qué digo bonita?, el *non plus* de la hermosura, joven, tan joven que, á pesar de sus treinta años, no ha tenido tiempo para disfrutar de la juventud...

Marta.—Y viuda.

Esteban.—Sí, pero una viuda de las que entran pocas en libra; una viuda de cinco meses, que estuvo casada con...

Marta.—Con un hombre que valía más que usted, puesto que tenía más talento, eso es indiscutible, y usted perdone.

Esteban.—Era un poeta.

Marta.—Y usted es un teniente de caballería.

Esteban (cortado).—Señora, la equitación...

Marta (interrumpiendo).—Mi difunto era un buen inete. Ganó varios premios en *Long-Champs*.

Esteban.—La profesión... el honor de las armas...

Marta (interrumpiendo otra vez).—Mi marido las manejaba como usted ó mejor que usted. Era lo que ustedes llaman un espadachín. Murió en desafío, porque el contrario disparó primero su pistola. En cuanto al honor...

Esteban.—Dispéñeme, no he querido ofenderla: el señor de Santacruz era un perfecto caballero. Pues bien: como cinco meses de matrimonio no dejan tiempo á una señora de los méritos y virtudes que usted tiene, para saborear las delicias del matrimonio...

Marta.—¿Y usted qué sabe?

Esteban.—¡Señora...! Lo que sé yo (y discúlpenme la crudeza, porque he creído llegado el momento de la conferencia decisiva), lo que sé yo es que usted no debe llevar por más tiempo las tocas de la viudez; y lo que sé también es que resulta incomprendible esa aversión al matrimonio, por cuanto es aversión desde el momento en que usted declara que ni mi trato ni mi tipo le repugnan.

Marta.—Cierto. Y he dicho más: que si me diese la chifladura de casarme, me casaría con usted. Pero, conste, únicamente así, chiflándome.

Esteban.—¡Marta... es usted muy cruel!

Marta.—Le voy á ser franca, amigo mío. Yo me casé enamorada del señor Santacruz. No volveré á amar como entonces; á querer puede, pero á amar con las ilusiones de doncella pura, nó; entonces no sabía lo que era un hombre, sino por verle en el círculo de mis relaciones, en paseo, en el baile...

Esteban.—¿Y ahora?

Marta.—Ahora sé lo que es ese hombre; y sé que no vale la pena de que una mujer como yo, rica é independiente, pierda su libertad. Pero aun hay algo peor que eso, y es, señor teniente de caballería, que el hombre desde lejos no es el hombre tratado íntimamente. La mujer que se casa pierde la ilusión del hombre... ¡cosa muy triste!

Esteban.—Eso equivale á declarar que no ha sido usted muy dichosa durante su vida con el que fué su primer marido.

Marta.—Mucho más de lo que usted se figura; acaso imponderablemente más que si con usted me uniera; porque, por Dios, amigo, me parece que por mal que vayan las cosas, en cinco meses de matrimonio no tiene una tiempo de aburrirse.

Esteban (confuso).—Ciertamente... digo, no sé; no he podido averiguarlo todavía y... por eso (animándose), por eso me gustaría hacer la prueba. Además, usted, Marta, no tiene la experiencia del hombre, no puede tenerla; tratar á un hombre no es tratarlos á todos: no hay dos hombres iguales.

Marta.—Para el caso sí; el hombre es siempre uno mismo cuando se enamora: es... vaya, lo digo, es un perjuicio, un obstáculo constante para la mujer. Le aseguro y le repito que la mujer que se casa pierde la ilusión...

Esteban.—¡Qué dura es usted!

Marta (riendo).—¡Dura! Me obliga usted á que complete mi pensamiento. El hombre casado es... es un perro, y vale menos que él, mucho menos, incluso en la fidelidad.





LOBANILLOS

I

Mis pensamientos á ti
poco á poco van llegando,
por más luces, á tus ojos,
por más flores, á tus labios.

II

De parte de tus lindezas
te conjuro que me digas,
lo que tus ojos se callan
cuando en los míos se miran.

III

Todos dicen que te quiero
pésame que mientan todos,
antes pienso aborrecerte
para ver si te enamoro.

IV

Para el mal que yo padezco
hay un remedio en el mundo,
un día de ser tu dueño
ó un instante de ser tuyo.

V

Si todos somos hermanos,
¿por qué dice el confesor
que el besarte es un pecado?

VI

Lleva un cielo en su hermosura
y un ángel en lo mujer,
en la virtud un milagro
y dos mundos en sus piés.

VII

Luchan tus ojitos negros
cual dos mancebos valientes,
cara á cara con el sol,
con la luna frente á frente.

VIII

No sé por qué me desprecias
niña de azulados ojos,
si el desprecio es el principio
de un amor que acaba loco.

IX

Apagóse ya la llama
pero en cenizas tan leves,
que bien pudieran los celos
hacer que de nuevo ardiesen.

X

Ay, no pases niña
aquel monte grande,
de ser tan querida
á ser tan amante.

XI

Lo más florido á ser nace
deuda hermosa de tu frente,
que en el mérito no saben
otro sitio los laureles.

XII

El querer que yo te tengo
en mi pecho está tan fijo,
que si dejara de amarte
me aborreciera yo mismo.

ANTONIO SEMPERE ZAMORA



Los hijos del Asuang

COSAS DE FILIPINAS



Que me vistan como quieran,
seré siempre yo la misma:
de dama, una dama hermosa;
de caballero... ¡pues! ¡digan!

HACE ya muchos años, en una *araña* que arrastraba nervioso caballo, iba yo, en compañía del capitán de la Guardia Civil, desde la cabecera de la provincia de Albay hasta el vecino pueblo de Camalig.

Coronados de brumas se esfumaban á lo lejos los cráteres del Bulusan y del Mayón, aquél apagado en totalidad, éste con los intestinos bien preñados de igniscente lava, de hirvientes aguas y de menudísimas arenas. Buena prueba era la erupción de 1814, que sepultó tres pueblos, abatió muchas cosechas y trajo aparejadas infinitas víctimas de *vicoles* con la piel color de cobre.

La carretera era detestable, y el paisaje soberbio; de vejección lujuriosa y abundante, como fructificada á los ardorosos rayos del sol de la canícula perenne. A derecha é izquierda, interpolados con los árboles de sibucaó y enebro, ricos en madera, la tierra nutría de savia copiosa al plátano de que nace en filamentos el abacá.

Precisamente junto á uno de estos arbustos conocí yo á los dos gemelos; el varón, algún tanto más crecido que su hermana, se encaramaba por el tronco del plátano, con intenciones manifiestas de apoderarse de un apretado racimo de frutas que se columpiaba á favor de suave brisa. Ella le alentaba desde abajo, empinando sus piés desnudos sobre el césped aljofarado y mostrándole las frutas más doradas y apetitosas del haz.

—¡Pícaros chicos!—masculló mi compañero de expedición.—Saben que el plátano del abacá es, sobre ordinario, indigesto, y se mueren por él.

—Fíjese usted bien en ellos,—me dijo luego al oído el capitán.—Y habló á los dos con todas las frases de persuasión y filípica que encontró en el dialecto regional. Yo entendí que recriminaba, entre otras cosas, su pueril hábito de alimentarse del plátano que produce el árbol de abacá, y que, según práctica, es el peor entre las cincuenta y siete variedades que de tan pródiga planta cita el P. Blanco.

Aunque los gemelos se miraban de hito en hito, retozándoles una carcajada en la garganta y una sonrisa en los labios, atendieron muy contritos la *catilinaria* del simpático Marco Tulio del instituto armado. La conclusión fué magnífica: mi amigo sacó una peseta de la faltriquera y, haciendo de los dedos tijeras, simuló que la partía en partes iguales para indicarles que la mitad correspondía á cada uno.

Cuando la moneda rodó por el polvo del camino, los hermanos se abalanzaron furiosamente sobre ella y, más ladina ó afortunada la hembra, la recabó antes que el otro, aunque prometiéndole, siempre en vicol, que le daría su parte.

Ellos se fueron, triscando por entre la hojarasca, después de darnos ocho ó diez veces las gracias, y nosotros seguimos avanzando por la carretera al compás del ligero trote de mi *moro* corredor.

—¿Se ha fijado usted bien en ellos?—preguntóme el capitán.

—Sí, y me ha maravillado una cosa rarísima en los indios puros, como me parecen los

gemelos: los dos tienen unos hermosos y dulces ojos azules, que para sí quisieran muchas de las espirituales señoritas de la Gran Bretaña.

—Esó es precisamente lo que yo quería que usted viera. Ahora atienda usted la historia tal y cómo me la contaron á mí.

Hace cinco años, la edad de los pequeñuelos, vivía en Camalig con su padre, que era gobernadorcillo del pueblo, una india de rara y estupenda hermosura, que atendía al nombre de Andrea, ó mejor *Andeng*.

Andeng había sido solicitada por los *bagontaos* más apuestos, no sólo de su pueblo, sino de los cercanos, y á todos había negado ella correspondencia á su pasión, marchándose los pretendientes sin la caridad de una mirada ni la limosna de una sonrisa.

Por entonces vino á la cabecera, recién licenciado en Derecho, Ponciano Palingling, hijo del gobernadorcillo de Albay, que, dueño de extensos arrozales y vegas sin fin sembradas de abacá, había querido dedicar parte del dinero que le sobraba á dar á su hijo una carrera científica, previos los preliminares de una educación cosmopolita y brillante.

Ponciano venía muy ensoberbecido, y el ignorante padre, únicamente conocedor de los artefactos de beneficiar el abacá, descascarar el palay y tejer el *sinamay* y la *guinara*, recibió á su hijo como se recibe á un rey, como se cede el domicilio á un sabio; más aún, creyó que con la llegada de su hijo venía la honra de la casa, el nombre de la familia, ¡el *Palingling!* escrito con letras de oro. Algo así como efluvios de Dios en los pliegues de la toga de seda negra y en las irisaciones del raso color de fuego de la muceta: por lo cual Ponciano gozó de vida regalada; tuvo caballos, coches, y hartura de comodidad.

Dos meses después circuló por Camalig, con la velocidad con que atraviesa distancias lo nefasto y lo calamitoso, la noticia de que por las noches rondaba el pueblo el *asuang*, numen maléfico para el luzón lo mismo que para el visaya, y de terribles prenuncios para las familias.

Capitán pasado Titoy le había visto en su campo de maizales, envuelto en su blanco sudario, desgranando las mazorcas por sólo el gusto de ir desparramando por el suelo las esferillas de oro con que se alimentaba toda una sociedad civil en pequeño: *Juancho* le atisbó cabalgando sobre la *N* de la veleta del campanario de la iglesia, inmenso y fantástico á la manera del *Ruc* oriental, con su cigarro largo como el tronco de la *bonga* y sus extremidades tan dilatadas que parecían, en cuanto á longitud, cañas de cincuenta metros, y por su grosor, *baletes* de gran diámetro, despojados de sus ramas y sus hojas.

El padre de *Andeng*, era de los más alebrados: y á fe que con razón. El genio de la desgracia había pasado por su solar, envuelto siempre en su funda blanca, llegando hasta el balcón del dormitorio de su hija. El supersticioso viejo, que lo vió, no pudo mirar más y cayó desmayado de terror, agitados sus labios por una plegaria en que demandaba socorro al cielo.

Andeng perdió en su talle la esbeltez característica de la palmera, que era racimo de encantos en ella; el rostro se le volvió pálido y macilento, los ojos se hundieron acosados por las ojeras negras que los iban enterrando hacia dentro, hacia el cerebelo. Como resultado, sin duda, de vida tan acibarada y penosa, *Andeng*, la casta *dalaga* desdeñadora de las



—Me asombra la paz y la tranquilidad de este viaje.
—Porque no hay ningún hombre que nos ponga en pie de guerra.



La mariposa del amor

atenciones de los más apuestos donceles de Camalig y sus cercanías, dió á luz, uno después de otro, dos niños hermosos y rollizos, que fueron bautizados al día siguiente como hijos de padre desconocido. Un detalle curioso y rarísimo en los individuos de la raza cobriza: los recién nacidos tenían los ojos azules.

Por el agua bendita, la sal, y las oraciones en latín, se llamaron desde entonces, ella, como su madre, Andrea; él, como el Crucificado, Jesús. Por mutuo consentimiento del pueblo, los dos gemelos fueron conocidos como «los hijos del *asuang*.»

El Gobernadorcillo abuelo no salió de su desmayo, desconociendo por tanto á sus dos nietos.

Poco tiempo después, envuelto en una sábana blanca, medio putrefacto ya, como si su muerte hubiera acaecido lo menos cinco días antes, se encontró el cadáver de Ponciano Palingling, con el cuello taladrado por una puñalada, magistral dentro de lo fascineroso.

Andeng vivió todavía cuatro años, taciturna y sombría, abandonando los bienes que la dejara su padre en manos de media docena de pillos que han engrosado á ojos vistas, mientras ella lanzaba el último suspiro, en un *lancape* de caña.

Dicen los naturales de aquí, que el mismo día en que aquélla murió, el Mayón comió más de lo natural, lo que

le ocasionó un empacho, haciéndole vomitar lava y cenizas. Camalig tembló, como siempre que se le antoja rugir al inmoble monstruo; pero la erupción fué muy débil y á las dos horas había terminado.

En cuanto al padre de Ponciano, lloró por su desgraciado hijo y dedicó el último recuerdo á su memoria, colgando del techo de la mansión señorial de los Palingling, en el garfio que debía sostener una lámpara, la flamante toga del discípulo de Licurgo.

Jesús y Andrea callejean desde entonces por todos los pueblos de Albay, concedores de la leyenda de su vida, y en cualquier mesa que se les antoja tienen su sitio y su plato de *morisqueta*. Todos les llaman «hijos del *asuang*,» respetándolos como á tales. Y cuando alguien se extraña de la identidad de vestimenta entre el fantasma y el hijo del gobernadorcillo de Albay; cuando los suspicaces y maliciosos se maravillan del nacimiento de los gemelos, de las visitas del *asuang* á casa del padre de *Andeng*, de la inesperada muerte de éste y de otros mil acontecimientos, los vícoles sonrían del que así piensa, á la manera que el creyente se mofa del escéptico relajado, y responden con perfecta convicción:

—¡Abá!... ¿No tienen los ojos azules? Pues seguro, hijos del *asuang*.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

MENUDENCIAS

Tus traidores besos
me hacen tanto daño,
que siempre parece, cuando los recibo,
que queman mis labios.

Así no me beses,
puesto que mi enojo

llega al extremo de que ahora prefiera
¡besarte yo solo!

* * *

Yo la haría mi esposa,
mas no tengo valor... ¡Es tan hermosa!

JUAN MANUEL GALLEGO

LA GULPA

EL médico examinó la sangre, reconoció al herido, y enarcó las cejas.

—Ha tenido que ser una emoción muy violenta, un golpe duro.

—Duro...—observó Jorge, con la voz ahogada.

Yñez le miró, y sin decir palabra, tomóle el pulso:

—Usted no está bien.

—Nó.

—Digo que está usted malo, pero muy malo.

—Sí.

—Recetaré. A usted le hace ahora más falta que á Luis.

—¿No hay remedio, verdad, no hay remedio?—preguntó Antonia con energía extraña, varonil, sintiendo una fortaleza que no le dejaba llorar.

—Señora... tanto como haber remedio... ya dije ..

—Nó, si tengo valor. Hable usted claro; prefiero la verdad, por amarga que parezca; le agradeceré que no me engañe, si al fin me ha de sorprender de improviso el desenlace fatal.

Yñez reflexionó que era cierto, que valía más preparar aquel corazón de mujer ya templado por la pena y el martirio.

—Pues sí, no debe usted esperar nada bueno. Ha sobrevenido la complicación que yo temía, y ya la ciencia no puede resolver la crisis con sus pobres recursos humanos. Si Dios no obra un verdadero milagro, morirá esta noche. De todas maneras, señora, no debe usted desesperar. La naturaleza es rara, muy rara, y saca energías de los más grandes agotamientos ..

—Nó, no se esfuerce usted, morirá. Me dice la conciencia que morirá.

—Morirá,—repitió Jorge como un eco.

Yñez extendió dos recetas: una para ver si sacaba á Luis del desmayo y otra para que se medicinase Jorge. Este rehusó todo cuidado facultativo. Sin embargo, se avino á pasar á otra habitación y á tenderse sobre un sofá. Fuera, preguntó á Yñez:

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche. Es una hemoptísis, que le repetirá al anochecer, y con el vómito quedará.

—¿Y el sentido?

—Creo que saldrá del sopor, pero dudo que recobre el conocimiento.

—¿Se irá así? ¿Sin conciencia?

—Cuasi seguro.

Entornó Jorge los ojos y nada más preguntó.

Como volviese la doncella de la botica, el médico entró en la alcoba. Lo arregló todo, dió las últimas instrucciones á Antonia, que andaba diligente, con apariencias de calma que tenían admirado á Claudio López, quien temía grandes transportes de desesperación en aquella débil mujer.

Encontrándose solos el médico y él, un momento que Antonia salió, inquirió Yñez:

—¿Cómo ha sido, lo sabes?

—Aquí estuve, pero en verdad no sé explicarte .. No entendí palabra. Todo lo que he visto es muy raro.

—¿Pero bien, dí, qué fué?

—Poca cosa. Zemprana pidió una carta á Levia, y en cuanto éste la tuvo entre manos, mandó el herido que la leyese.

—¿Y oíste tú?

—La leyó para sí. Algo grave de que están enterados los dos; Jorge quedó con la lectura sin movimiento ni impulso, y rápidamente Luis cogió el pliego y lo destrozó con tal ira, que me figuré que iba á tragárselo. En seguida el vómito...

—Pues le han matado.

—¿Cómo matado? ¿Quién, Jorge...?

—Ellos.

—¿Ellos, dices? ¿Antonia y Jorge?

—Sí, calla... tengamos piedad de los vivos. Levia está malo, muy malo. Mira, tú que eres su amigo, debes hacer que cuando pase esto, si tiene nervio para resistir, se meta en cama. Antes no lo conseguirás. Pero podrías intentar que tomase lo que se traerá para él con esta receta.

—¿Y después?

—Dentro de unos días, cuando esté con más fuerzas, que salga de Valdehumbroso. Ya determinaremos donde.

—Si se vá.

—¿Se vá?

—Contábamos con el viaje.

Sonrió Yñez. Calló, porque volvía Antonia y acudió al herido que empezaba á dar señales débiles de vida.

—¿Cómo está? ¿Padece?

—Ahora se prepara una agitación horrible.

Y pulsándole:

—Comienza á atacarle la fiebre y será alta.

—¿Pero...?

—Resistirá; la venceremos ahora. Tenga usted fuerza de ánimo.

No contestó ella, pero dirigió al doctor una mirada valerosa, que decía bien claro que aquella mujer aceptaba todas las angustias del castigo, resignándose á la expiación.

J. F. Luján



¡COSAS DEL MUNDO!

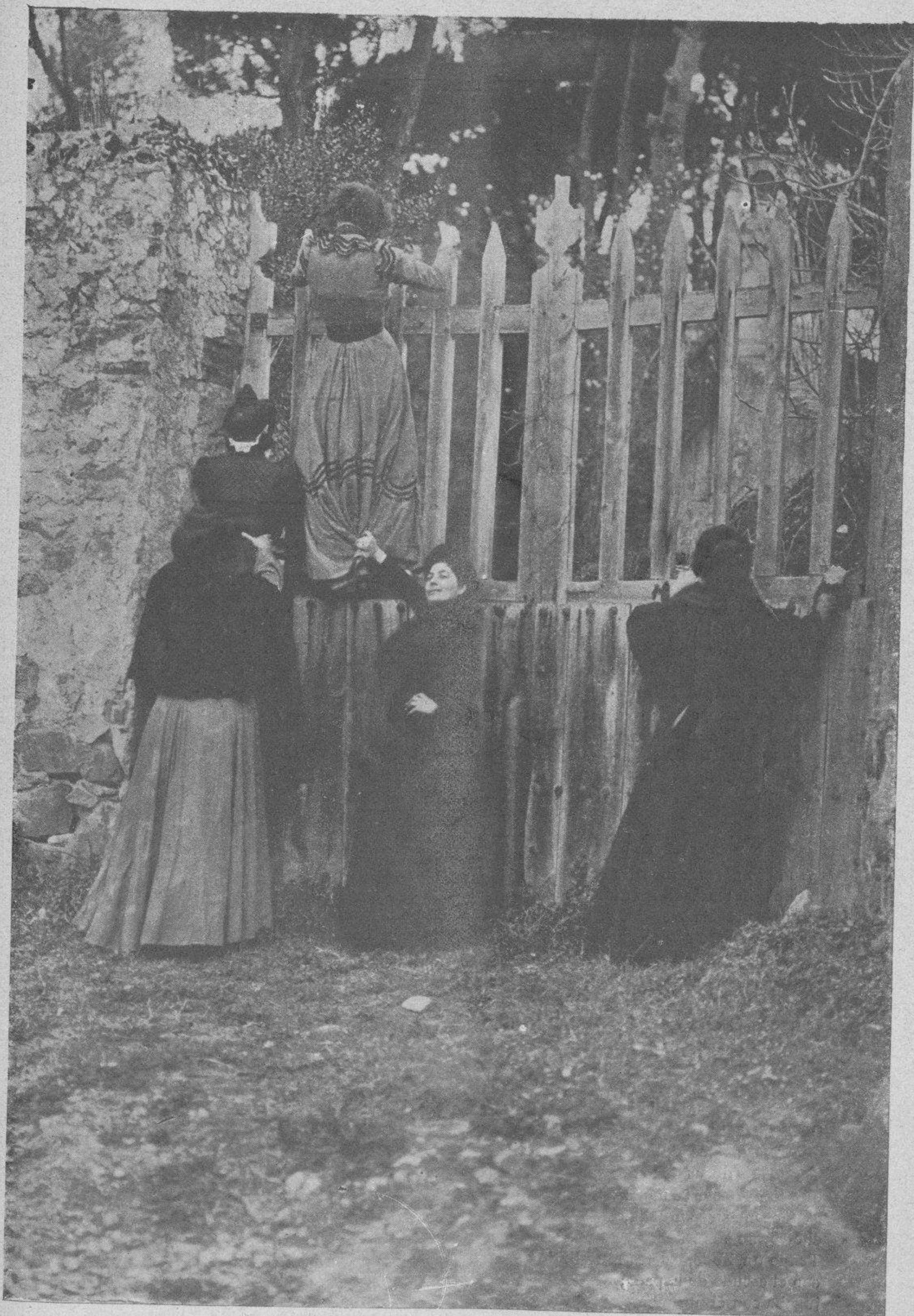
A ENRIQUE ERRANDO

Tú no te alarmes por la noticia,
sea el que fuere quien te la encaje,
pero ¿recuerdas á aquella Alicia
que te encantaba por la malicia
de su lenguaje?
Pues se ha casado con un salvaje,
con un sujeto de la milicia;
¿no da coraje
que á la decencia se haga ese ultraje?
¡Si es un sarcasmo! ¡Si no hay justicia!
¡Cosas del mundo!
¿Quién es él?, dice. Un artillero,
pobre, ignorante, fatuo, iracundo.
¿Qué grados tiene? Dos sobre cero,
digo, que es sólo cabo segundo.

Yo fui á la boda, pura comedia
que tu perjura representaba.
Dieron las siete cuando empezaba
y arrodillado ví hasta la media,
como aquel acto se consumaba.
Ella, la novia, ¡qué hermosa estaba
bajo del velo que la cubría!
Yo la miraba
y, entusiasmado, me estremecía
viendo su rostro, que era un hechizo,
pero sabiendo lo que sabía,
al ver que el ramo de azahar lucía
sobre las ondas de blondo rizo,
tal gracia me hizo
que se enfadaron porque me reía.
Lloraba Alicia... ¡caray, qué pena!
¿Por qué lloraba? ¡Por qué! ¡Quién sabe!
Es una boda cosa muy buena,
¡pero tan grave!...
Él, que en mujeres es poco ducho,
la echaba flores en voz muy baja,
la contemplaba dulce y tiernucho
como á una alhaja que vale mucho,
¡y era por cierto muy buena alhaja!

Si alguien empuja, toda la gente
sigue el impulso de la corriente.
¿Quién ha empujado? No sé; lo ignoro.
Ello es que el mundo dice de Alicia,
sin que al decirlo tenga malicia,
que es un modelo por su decoro,
que es laboriosa como una abeja,
que es tan honrada como ella sola...
¡Cosas del mundo! Tú calla y deja
rodar la *bola*...

A. SERRA CUBELLS



—¡Santo Dios, si es mi marido!
—Bien dicen que la curiosidad pierde á las mujeres.

Miscelánea

—¿De qué murió su esposo de usted, vecina?
 —¡Ay, señora!, el pobre murió de la gota. ¡Y el de usted? y perdone la indiscreción.
 —¡Ay, hija!, el mío murió del trago.

Si con gotas de sangre
 comprar pudiera,
 los besos que en tu boca
 mi amor pusiera,
 con gusto entregaría
 aún que no es poca,
 cuanta encierra mis venas
 gota tras gota.
 ¡Ya sé que moriría,
 pero qué importa!
 Con tal que besase
 tu hermosa boca...

LUIS CEILÁN AMOR

Un obispo que iba de camino, le dijo á un pastor que apacentaba su rebaño:

—Díme: ¿en qué consiste que ahora los pastores no son como antiguamente, poetas y músicos, ni cantan nunca sus amores?

—Señor obispo, porque el mundo ha cambiado. También antiguamente, cuando moría un obispo, se tañían por sí solas las campanas, y ahora, aún tirando de ellas, casi se resisten á tañer.

Charada

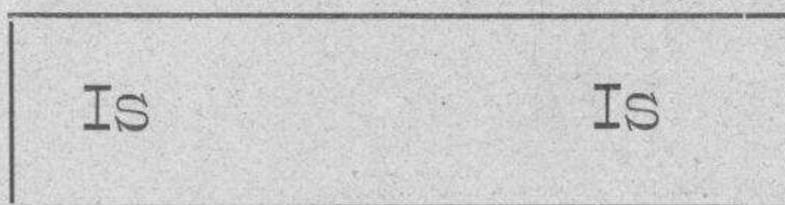
PARA RUILOP

Aunque parezca mentira
 yo también tengo en mi casa
 un museo regalado
 por una que fué gitana.
 Tengo una *prima tercera*
prima tercera de malla,
 que usó el bravo Hernán Cortés
 lo menos en cien batallas.
 También tengo un *tercia prima*
 y eso sí que es cosa rara,
 de palo santo, muy fino
 con los adornos de plata.
 Puedo juraros, amigos,
 que bien merece alabanza.
 Tengo dos libros de texto
 que compré cierta mañana;
 el uno, me sirve mucho,
 el otro, no sirve nada.
 Tengo un *Todo*, que es muy lindo
 con el escudo de España;
 jugaba con él, un memo
 pariente de Curro Vargas,
 y lo guardo, amigos míos,
 porque mucho *dos* agrada.

Os juro que también tengo
 un peine de concha y asta;
 es cosa que vale mucho,
 ¡cómo que lo usó el Rey Wamba!...
 Ya lo sabéis, compañeros,
 los que acertáis mis charadas:
 para admirar cosas buenas,
 sentado os espero en casa...

MORENO

Jeroglífico comprimido



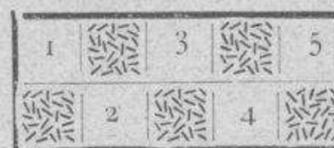
IGNACIO CAÑAS

Salero

	1	Cifra romana.
	0	2	Negación.
	5	3	Preposición.
	6	5	Consonante.
	4	5	Id.
1	2	3	4	5	6	7	8	9	0		Nombre de mujer.
6				8	3				2		Arbol.
	6		8		1			9			Parte de las aves.
		9	0	1		5	3	2			Ordinal.

PELANQUÍN

Salto de gorrion



- 1-2 En la geografía.
- 3-2 Tiempo de verbo.
- 4-5 En la baraja.
- 2-1 Parte humana.
- 4-1 Nombre de mujer.
- 1-2-3-4-5 Cabo de España.

P. LUQUIN

Soluciones á lo insertado en el número 487:

CHARADA.—Casiano.

ACERTIJO.—Elisa.

ARITMOGRAMA.—

- I + ASA = ASIA
- V + OJEN = JOVEN
- VI + ASPA = AVISPA
- L + RATA = ALTAR
- C + ORO = CORO
- D + REO = ODRE

M + ARO = ROMA
 MI + CANO = CAMINO
 MLI + ANA = ANIMAL

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Riego.

Correspondencia

S. J. O.—Al diablo se le ocurre hablar de vírgenes pálidas en este tiempo, precisamente cuando hemos decidido regenerarnos con toda formalidad, y lo que sobran son... remedios para combatir los vicios de la sangre.

Leopoldito.—¡Hombre, Leopoldito, que se le ve á usted la intención... y es *mí* negra, pero *má* negra!

R. P.—Chóquela, amigo; vale usted todo el oro que pesa, y por poco que pese, lo que es oro no falta, y de buena ley. Se publicará.

F. G. H.—La sal va barata, pero se conoce que usted, ó no tiene salero donde ponerla, ó no tiene un cuarto para comprarla. ¿Dónde ha nacido usted?

Francesillo.—El timo es muy burdo; vamos, que ni es timo ni ná.

L. M. R.—Podrá usted haberse ofendido por la libertad con que he contestado á la suya, pero hasta en eso tiene usted mala suerte, porque antes me ofendí yo por los *bersos* que me envía y que me he visto precisado á leer. De modo que ni el *enfudo* ese resulta original.

G. A. C.—Recibida la suya, se ha dispuesto abrir la correspondiente información. Preventivamente he mandado revisar todas las chapas. Lo que anuncia, envíelo cuanto antes. Por correo pormenores.

S. R.—Yo no me atrevería á alimentarle á usted porque... también la alfalfa es cara.

D. M.—Está usted en un error, y también creo que está usted *herrado*.

Melpómene.—Allá va el «Cantar rodado»:

«Yo le pedí quejas al sol
 porque el sol que me alumbraba
 teñido estaba
 de púrpura, ópalo y arrebol.»

Vamos, sí; un sol modernista, de esos que no salen todos los días ni para todos, y que se meten en el bolsillo con envidiable soltura los *intelectuales*.

P. L. V.—Hormigueo no es consonante de arpegio, á no ser que los planes hacendísticos de Villaverde hayan echado á perder la métrica castellana.

D. D.—Creo yo que es usted artista y todo eso que me anuncia; lo que no creeré jamás es que un verso que tira hasta la sílaba doce, sea octosílabo. Además, á *mámpara* le falta un *rabo* y le sobra un acento.

Bolla.—¿Es decir que á usted le han premiado con accésit la *poesía* que me manda? Valiente accésit y valiente *poesía* la que usted se trae para... para *uso* de diario.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las Influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ❖ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ❖ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia).



THE
STAGE
THE
STAGE
THE
STAGE



20 cénts.

Núm. 489



001 0015

001 00